

«Así fueron los hombres cazadores,
sin más arte que el arco y la fatiga,
hasta que halló los últimos primores
con sabio acuerdo ¡oh *Luis!* tu grande amiga,
tu grande amiga, de mi Apolo hermana,
la casta y hermosísima Diana.

Esta beldad, del parto temerosa,
aborreció los tálamos nupciales;
por la ciudad trocó la selva umbrosa,
y habita en los espesos robledales,
en los bosques y páramos montunos,
huyendo los amores importunos.



Diana: tapiz del Renacimiento

Esta primera y linda cazadora
de los perros notó primeramente
las diferentes castas; fué inventora
de la alta red que cerca el continente,
en la que sin remedio al fin cautivos
los animales son, muertos ó vivos.

Y como hija de Jove, por quien crecen
al cielo sus blasones, bien sabía
la hermosa infanta cuánto se parecen
el arte de reinar y montería,
y que la astucia tiene tanta parte
como en las duras guerras del dios Marte.

Y como el *gran Monarca* se previene
con ejércitos, navés y legiones,
con que á ser respetado y señor viene,

aun de las más indómitas naciones,
así la real doncella halló la traza
de todos los pertrechos de la caza.

Sonando va la aljaba de Corinto
con las etolias flechas en el hombro;
debajo de los pechos brilla el cinto,
donde miran las fieras con asombro
del jabalí de Arcadia la cerdosa
testa, y del ciervo epíreo la ganchosa.

La rubia trenza, afrenta de su hermano,
prende blanco listón, que acaso pierde;
dos broches alzan con donaire ufano
á un lado y otro la basquiña verde,
las columnas de Paros descubriendo,
que el real coturno calza y va luciendo.

En medio de cien ninfas sobresale
como alta palma entre el centeno blando,
pues no hay otra gallarda que la iguale:
¡oh deidad! ¿cómo estoy de ti cantando?
¡oh virgen! ¿con cuál verso en este día
te podrá celebrar la musa mía?

¿Por qué, dime, te agrada en la floresta
huir los ocios y sufrir robusta
el estivo calor de la alta siesta?
¿por qué el estrado persa no te gusta,
ni las delicias del genial retrete,
ó el espejo en pintado gabinete?

Guarda los ojos, ninfa, pues si vieras
á *Luis*, joven galán, que yo celebro,
el propósito firme tú perdieras;
tú le buscaras desde el Ebro al Hebro;
si el sonrosado rostro le miraras,
de nuevo Endimión te enamorarás.

Tú fuiste la inventora del gran arte
que con el conquistar se ha equivocado.
Tus ardides aprende el fiero Marte;
mucho el cazador tiene de soldado:
¡oh Diana feliz! beldad extrema,
que el tuyo dará nombre á mi poema.

¿Cuántos provechos á la especie humana
tu deidad enseñó? Ninguno indigno
podrá, cazando, la traición villana
tomar con fiero espíritu maligno,

pues robas la atención, y los cuidados
penosos por ti fueron rechazados.

Tú al hambre mal sufrida socorriste;
los ánimos alegras; con tus manos
las artes podalirias excediste,
útil gusto y salud de los humanos:
tú mantienes el cuerpo duro y fuerte,
que ni teme á la guerra ni á la muerte.

Ni te agrada alistar en tus banderas
la generación débil y bastarda
que niega á sus abuelos, y que alteras
con el trueno infernal de la bombardas,
ni afeminados lindos deliciosos,
con dijes y perfumes olorosos.

Y vosotros, que en ocio abandonados
torpemente vivís, la fama ocultes
vuestros nombres, del cielo detestados,
y en olvido oscurísimo sepultes:
afrente vuestra infamia abominable
del *gran Luis* el real pecho infatigable.

De príncipes y dioses aplaudida,
creció el arte: siguió su afán violento
Hipólito, que halló dos veces vida;
Niso, Eurialo, Orión, Céfalo atento,
Carpóforo, Deleagro, Cipariso,
Atis, Apolo, Adonis y Narciso.

V

La escultura ha estampado siempre en la cazadora Diana el sello virginal. Hoy, gracias á modernos descubrimientos, podemos seguir el desenvolvimiento del tipo de Diana, desde su origen hasta el siglo v, merced á la serie de estatuas descubiertas por M. Homolle, en Delos (1). En la más añeja de las estatuas Artemisa se halla ya representada con aire de candidez, los brazos pegados al lado, la cabellera suelta á la espalda. La inscripción infantil grabada en la estatua, advierte que la informe imagen, esbozo primitivo del arte heleno, es la de la «diosa que dispara de lejos, y se complace en lanzar flechas.»

(1) Homolle: *Les fouilles de Delos*, 1878.— (*Bulletin de Corr. hell.*, 1875, pág. 99 y pls. I, II, III y 1880).

Otras cinco estatuas de Artemisa, halladas en Delos, pertenecen á una época más avanzada del arte helénico.

Pero las añejas estatuas de Diana se hallan despojadas de atributos.

La escuela ática substituyó á la arcaica; y Scopas, Praxiteles y Timotheos atenuaron el carácter severo y austero de Diana.

En las monedas halladas en Anticyra se encuentra el trasunto de la estatua de Diana labrada por Praxiteles.



Diana del Vaticano

les, ó por alguno de los artistas de su escuela, en honor de la citada ciudad.

En el arte helénico del siglo iv, Artemisa es la cazadora ágil, vestida con corto traje, armada del arco y con la cabellera arrollada á lo alto de la cabeza. La estatua del Louvre, conocida bajo el nombre de *Diana de Versalles*, es una de las más célebres y conocidas (1), y reproduce un tipo común en el arte ó sea el de Artemisa cazadora ó *Agrotera*.

La diosa se lanza á rápida carrera, acompañada de

(1) Esta estatua en el reinado de Francisco I fué llevada de Roma á Francia.

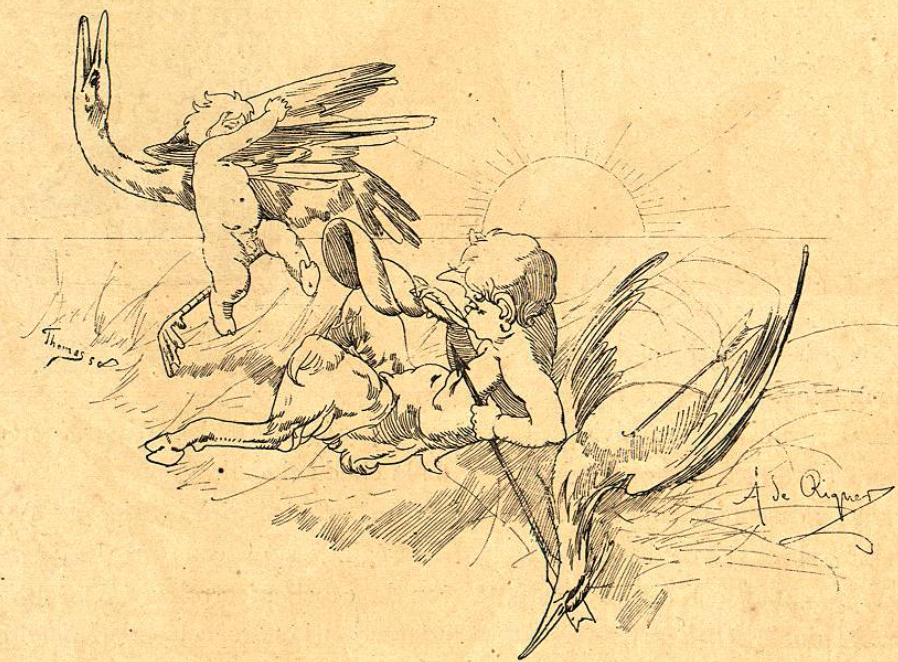
una cervatilla que brinca á su lado. Diana se apresta á sacar del carcaj una flecha y á cazar.

El vocablo de Artemisa *Agrotera* es uno de los más familiares del arte antiguo. Unas veces, según la vemos en un pequeño bronce de Herculano, calzada con botinas cretenses, y vestida con ropaje corto, se prepara á lanzar una flecha; otras, en actitud de reposo, descansa de las fatigas de la caza, como la modela un precioso barro de la colección Saburoff⁽¹⁾. Diana, recostada sobre rota columna, mira distraidamente á su perro, que adelanta el hocico para llamar la atención de la diosa.

El arte antiguo imagina casi siempre á Diana cazando, y realiza su trasunto en diversas actitudes y con atributos característicos.

Pero si las flechas que arman el brazo de Artemisa amenazan algunas veces á los mortales, y pueden herir y matar instantáneamente á las mujeres, es adorada también como deidad bienhechora. La Artemisa benéfica, ó *Soteira*, tiene por atributos el carcaj cerrado y algu-

(1) Kekulé, *Griech. Thonfiguren aus Tanagra*.



nas veces la lira, con que aparece en una medalla hallada en Siracusa.

Artemisa ó Diana, *Soteira*, se halla asociada á Apolo en el rango de diosa pacífica dispensadora de beneficios, y en calidad de *Selasphoros* ó luminosa, blandiendo antorchas.

Con el carácter de diosa *Selasphoros* figura en los exvotos délficos, en que sigue detrás de Apolo con una antorcha en la mano.

Heliodoro describe á la diosa «teniendo en la mano izquierda un arco dorado; el carcaj suspendido de su espalda derecha; y en la otra mano llevaba una pequeña antorcha ardiendo, y el brillo de sus ojos hacía palidecer el lanzado por las antorchas⁽¹⁾».

No es nuestro ánimo entrar en largas disquisiciones sobre el arte griego y Diana, pues lugar privilegiado tiene también esta obra consagrada á la caza y el arte, y es ocioso adelantar ideas y noticias que en su lugar y punto han de tener su lógico desarrollo.

(1) Heliodoro: *Ethiopyques* III, 4.



UN PARQUE DE CIERVOS, POR KRONER